

Título: 2001, la Verraco, tú y yo

Las campanadas en Venta de Baños resonaron con la misma cadencia de siempre, aunque algo en mi interior acababa de desajustarse por completo. Imposible fijar el instante preciso. Tal vez ocurrió en medio del caos final, con la cuenta de las uvas perdida y los brindis cruzándose al azar; tal vez brotó cuando ella soltó esa carcajada suya —su salvavidas habitual ante cualquier tropiezo— tras confesar que volvía a atragantarse con la última. Fue un latigazo mental: ahora. Pero me tragué las palabras.

Amaneció el uno de enero de 2001 y salí a caminar temprano, empujado por la urgencia de sacudir el pensamiento. Las calles respiraban a medio gas. El Sangar ya escupía su luz habitual contra la acera, inmune al calendario. Coches tatuados de escarcha, persianas perezosas y esa quietud tramposa del pueblo: una calma aparente que siempre esconde, de fondo, el traqueteo de algún vagón. Pasé de largo, dejándome llevar.

Mis pasos, supuestamente erráticos, me arrastraron hacia el imán de siempre: la estación. Me quedé en el exterior, clavando la vista en el hierro de las vías. En este pueblo vivimos en un tránsito perpetuo; fluimos constantemente entre despedidas y bienvenidas, incluso cuando permanecemos inmóviles. Traté de articularlo en voz alta, a modo de ensayo. Sonó artificial, un intento forzado de trascendencia que se desmoronaba en el aire gélido. Regresé a casa con el mismo nudo en el estómago.

Los días siguientes mantuvieron su coreografía habitual, aunque mi mirada empezó a funcionar como una lupa sobre sus detalles mínimos. Descubrí que dobla las servilletas dos veces por puro instinto, acariciando hasta el papel. Llevaba tiempo sustituyendo el clásico «vale» por un «ya» cargado de infinitos matices, un código secreto que dependía enteramente de la curva de su voz. Al fregar, canturreaba melodías destinadas a quedar siempre suspendidas, carentes de estribillo final. Una mañana me quedé embobado viéndola abrocharse el abrigo frente al espejo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada.

Y sobraban las explicaciones.

Retomamos nuestras tardes rutinarias, dejándonos caer hacia el centro, cruzando la Avenida 1º de Junio en piloto automático. El bar de turno, su caña, mi vino; el paisaje humano de siempre con sus saludos de cortesía. Charla ligera sobre un frío que se hacía de rogar, el céntimo de más en la barra de pan o las ausencias crónicas en las estanterías del súper. El escenario entero respiraba una cotidianidad aplastante. Sin embargo, la propia repetición de esa magia minúscula lo convertía en el caldo de cultivo perfecto para que algo estallara.

La noche del día cuatro, dejó el abrigo estratégicamente apoyado en la silla.

—Mañana espabilamos pronto, ¿eh? Que luego la gente lo tapa todo.

—¿Para ir adónde?

Me fulminó con una mirada de pura incomprensión.

—A la estación. Llegan los Reyes.
Asentí, guardando un silencio táctico.

El cinco de enero desperezó envuelto en una niebla espesa. Compartimos el desayuno mientras ella desenredaba recuerdos de infancia, rememorando la ansiedad mágica de esperar a que las puertas de aquel tren se abrieran de par en par.

—Justo en ese instante todo se vuelve real —afirmó.

Ahí estaba la clave. Aparté la taza.

—Hoy me toca dejarte tirada.

Me salió atropellado, inmensamente torpe.

—¿Cómo que me dejas tirada?

—Apareció la familia por sorpresa... y me han liado para comer. Pinta que va para largo.

La excusa crujía por todas partes. Me sostuvo la mirada un milisegundo extra, calibrando la mentira.

—Bueno —concedió—. Ya.

Aquel «ya» sonó afilado, distante.

—Iré con mis padres.

Tragué saliva y asentí de nuevo.

A media tarde, la estación bullía. Respiraba esa aglomeración entrañable tejida con rostros que reconoces del paso de cebra, aunque ignores sus nombres. Niños aferrados a los hombros paternos, dedos apuntando al horizonte y los veteranos marcando territorio en primera fila. Yo llevaba un buen rato agazapado en el interior. El traje me sobraba por varios costados y me lo recolocaba de forma compulsiva. Tenía las manos heladas por una pura sobredosis de adrenalina. Cuando la distinguí entre el mar de abrigos, todas las dudas se evaporaron. Me quedé en las sombras, aguardando mi señal.

El tren se deslizó por las vías imponiendo su ritmo cansino, levantando ese estruendo mecánico tan nuestro. Frenó en seco. Un latido de pausa. Las puertas se abrieron de par en par. Y el que pisó el andén fui yo.

La multitud apretaba, pero de pronto sentí que sobraba oxígeno y distancia a mi alrededor. Avancé con paso medido, rastreando su rostro. Apareció de inmediato, escaneándome con una mezcla de pismo y absoluto desconcierto.

Me arranqué el gorro de la cabeza.

—Hola.

Silencio absoluto por su parte.

—Llevo días dándole vueltas a esto, buscando la forma.

Apunté con la barbilla hacia el vagón que tenía a la espalda.

—Aquí sentía que todo se volvía real.

Mantuve la verticalidad, huyendo de posturas teatrales.

—¿Te casas conmigo?

El tiempo se congeló durante una fracción de segundo. Y entonces, la sonrisa le desbordó la cara.

—Sí.

Y ese «sí», redondo y perfecto, me marcó el alma.

A mis espaldas comenzó el desembarco real, desatando la locura. La masa humana se arremolinó, los chavales estallaron en gritos, escuché mi nombre rebotar entre el bullicio y unos aplausos espontáneos rasgaron el aire. Venta de Baños funciona así: el anonimato es un mito y la soledad resulta una ilusión pasajera. Jamás aparté los ojos de ella; el resto del mundo podía esperar.

En este cruce de caminos ferroviarios, los trenes siempre terminan alcanzando un destino. Y esa tarde de enero, contra todo pronóstico, yo alcancé el mío.